

Subimos lentamente aquella pendiente, santificada por las oraciones y por las lágrimas de tantos piadosos peregrinos que la habían subido antes que nosotros, y que la suben todos los días. Cuantas veces, durante el viaje, el corazón enternecido desea una poca de aquella confianza filial que alimenta los consoladores milagros, de que tenéis pruebas tan tiernas como variadas en los numerosos *ex voto* suspendidos en el altar de María. Expusimos al sacristán nuestro deseo de venerar la sagrada imagen. Nuestra petición fué transmitida al sacerdote encargado del cuidado de la virgen, y que es el único que tiene derecho de descubrirla. Se encendieron los cirios; se revistió el sacerdote con el roquete y la estola, y le seguimos por detrás del altar mayor. Llegados con él al extremo de una escalera doble, nos pusimos de rodillas, y saludamos tres veces con la oración anjélica á la Madre de los hombres y á la Reina de los ángeles. Jiró una puerta de bronce sobre sus goznes, y fuimos llamados uno en pos de otro, á contemplar las facciones siempre venerables de la augusta Virgen. Que el retrato sea del natural como se pretende, ó que sea un tipo tradicional, es indudable que corresponde á la idea que los siglos cristianos nos han transmitido del rostro de la Madre del Salvador. Un óvalo de gran pureza, ojos perfectamente abiertos, cejas graciosamente arqueadas, una admirable proporción de todas las facciones, una tez delicada, cierto aire grandioso en la fisonomía, y una indefinible dulzura en el conjunto, hé aquí lo que pude notar en aquella pintura llena de atractivo, á la cual el tiempo ha hecho perder necesariamente una parte de su expresión.

Cada año baja á la ciudad la Reina de la montaña, y pasa allí tres días. Su marcha es un triunfo; los habitantes de Bolonia y de toda la provincia que concurren

á la fiesta, componen el cortejo. El cardenal-arzobispo espera á la amable princesa en la puerta de la ciudad, cuyas llaves le presenta. Después de haberla recibido con todos los honores debidos á las testas coronadas, la lleva él mismo á la iglesia de san Pedro. Allí permanece cuarenta y ocho horas, rodeada noche y día, de los fervientes homenajes de un inmenso pueblo. El tercer día visita la Catedral, en donde da su bendición. De allí vuelve á tomar el camino de su aéreo palacio, para proteger á la feliz ciudad que mira á sus pies. Su vuelta no es ménos pomposa que su llegada; tiene lugar en los primeros días de Mayo. Ahora, es necesario haber visto la Italia para comprender todo lo que añaden de encanto y esplendor á tan brillante fiesta las bellezas de la Primavera y la pureza del cielo. Pasa aquella visión de un modo superior; y todo aquel pueblo italiano es feliz, y aquellas imaginaciones tan vivas, y aquellos corazones tan inflamables, se santifican de nuevo por castas imágenes, por piadosas emociones; y el espíritu ha alcanzado una victoria más sobre los sentidos. En Italia es necesario, sobre todo, el culto de la Reina de las vírgenes: de aquí vienen sin duda las fiestas, los símbolos, las inscripciones, los usos variados y numerosos que os hacen presente á María por todas partes. Que el turista ligero ó impío no vea en este hecho universal más que una superstición miserable, no es de admirar: el que duda de todo, ordinariamente no tiene ideas exactas de nada. En cuanto al observador juicioso, descubre en ello, con admiración, una de las más bellas armonías del Cristianismo.

Después de haber confiado á María nuestros votos y los de nuestros amigos, depositamos á sus pies el óbolo de los peregrinos, como recuerdo de nuestro fugitivo tránsito. Volviendo á tomar en se-

guida, felices y contentos, el camino de la ciudad, bajamos lentamente de la montaña santa para gozar del hermoso espectáculo que teníamos á la vista. Delante de nosotros se extendía una vasta llanura, limitada por los Apeninos y surcada por el Reno, cuyas límpidas aguas dejan entrever las anchas capas de piedrecilla blanca y arenas que le sirven de lecho. En este paisaje risueño y severo se ve asentada la ciudad sabia con sus viejas murallas, sus numerosas tierras y sus blancas aldeas diseminadas en las vecinas crestas.

Al pié de la montaña se abre sobre la izquierda un nuevo pórtico, compuesto de ciento cincuenta arcos, que es el camino del *Campo Santo*. Tal el nombre verdaderamente cristiano que en Italia se da á los cementerios; y los cementerios son muy dignos de este nombre. Allí se reúnen, en los monumentos de la más sensible piedad hácia los muertos, todos los testimonios de la fé más ardiente en la resurrección futura. Si, como el de Pisa, el *Campo Santo* de Bolonia no está formado de tierra santa de Jerusalem, no deja de ser por esto uno de los más venerables y bellos de la Italia. Que se nos presente un vasto cuadrado rodeado de grandes árboles verdes y de soberbios pórticos, con ricas capillas de trecho en trecho y tumbas más ricas aun; después, monumentos más modestos y sencillas tumbas, con multitud de inscripciones cuyo espíritu cristiano y de sistema antiguo hacen alto honor á la piedad y al talento del sabio abate Schiasi, y tendremos una lijera idea de aquel magnífico cementerio. Un viajero jansenista encontraría tal vez allí un exceso de riqueza mundana y ménos gravedad religiosa de la que conviene á la silenciosa morada de la muerte.

### 23 DE NOVIEMBRE.

Prision del rey Enzo.—Iglesia de san Pablo.—San Petronio.—Santo Domingo.—Santa Catalina de Bolonia.—San Estéban.—Anécdota sobre Benedicto XIV.—Galería.

Al salir el sol, estaba la ciudad atravesada por una multitud de carros, que llegaban del campo conduciendo al mercado el *canepa*, cáñamo soberbio, del que hace Bolonia un gran comercio. Atravesamos la muchedumbre ajitada y algo bulliciosa, para dirijirnos al palacio del podestá, en otro tiempo la prision del rey Enzo, cuya historia voy á referir.—En el siglo XIII vivía un emperador de Alemania llamado Federico II, que iba por el mundo guerreando y atropellando las leyes de la justicia. Su hijo mayor, Enzo, marchaba por el mismo sendero. Joven y valiente, llevó la guerra y batió en la mar á la potente flota de los genoveses. Entrado en Lombardía, encontró á los boloneses, que despedazaron su ejército en las llanuras de Fossalto, y á él mismo le hicieron prisionero; esto pasaba el mes de Mayo del año de 1247. Los vencedores le condujeron en triunfo á su ciudad, y le condenaron á prision perpétua. Para divertirse y librarse del fastidio, cantó sus infortunios; y el nombre del prisionero bardo es aun popular en Bolonia. Vimos la torre construida para guardarle y la sala en que murió. Esta sala, llamada hoy *Sala de Enzo*, sirvió para el cónclave que en 1410 eligió al papa Juan XXII.

En frente de este mismo palacio se encuentra del *Gigante*, obra de Juan de Bolonia. Me reservo hablar de ella para después de haber visitado las galerías de Florencia. Entre todas las iglesias observamos como más notables: primero, á *san Pablo*, en donde se encuentra la tumba de la prin-



cesa Eliza Bacciocchi, hermana de Napoleón: en una de las capillas, se admira el cuadro de Cuerichin, que representa las *Almas del Purgatorio*.

Segundo, á san Petronio, mas digna que la metrópoli de ser la primera iglesia de Bolonia. Aunque comenzada á fines del siglo XIV, esta basílica no está acabada. Dos objetos de arte llaman sobre todo la atención; las *Sibylas* de las puertas y las magníficas vidrieras de la capilla de *san Antonio*. En la nave de san Petronio estableció Cassini su primer meridiano, que el mundo sabio no ha olvidado; pero lo que ha olvidado y tal vez nunca ha sabido, es la historia del mismo san Petronio. Si suele desagradar á los que tienen ojos para ver y no ven, la vida de un santo, esta tiene por lo ménos derecho á permanecer en la memoria de los hombres del mismo modo que un cálculo astronómico, ya sea de Newton ó de Cassini.

Hacia fines del siglo IV nació á Petronio, prefecto del Pretorio, un hijo, largo tiempo desado. Los cuidados mas tiernos y nobles, rodearon su infancia. Digno de su padre por sus talentos, el noble jóven quiso hacerse digno de su Dios por sus virtudes. Salió de su patria á fin de ver con sus propios ojos los grandes modelos que poblaban las soledades del Oriente. Como Moisés, cuando fué llamado por Dios á la zarza ardiente, comprendió que caminaba sobre una tierra santa y recorrió descalzo todos aquellos vastos desiertos. Rico de dones sobrenaturales, volvió á Roma. El papa Celestino puso en un candelero aquella lámpara luminosa y ardiente; es decir, Bolonia tuvo por obispo á un santo, un restaurador y un padre, que reparó sus ruinas espirituales y materiales; doble sepulcro en donde la habia encerrado viva, la herejía y la crueldad de los bárbaros. Y puede creerse que las reliquias de san Petronio depositadas en la

iglesia levantada en honor suyo, no merecen una visita, y su vida un recuerdo? Se pasa el tiempo en mirar, criticar, alabar con mas ó ménos buen gusto, los objetos de arte que decoran su templo, y no se piensa en arrodillarse sobre su gloriosa tumba! ¿Cuándo, pues, los viajes por Italia cesarán de ser un paseo mundano, inútil, y muchas veces peligroso? Revisitiéndolos del carácter religioso que les es natural, abrirán un nuevo horizonte á las miradas de inteligencia, y completarán las impresiones del corazón, santificándolas.

Tercero. La iglesia de *Santo Domingo*. La curiosa tumba del rey Enzo, que se encuentra allí, fijaría toda la atención del viajero, si no se viera eclipsada por otra tumba radiante de gloria y de majestad, que es la de *santo Domingo*. Allí reposa en un magnífico altar de mármol blanco de exquisito trabajo, el ilustre vástago de los Guzman, el salvador de la Europa meridional, que junto con san Francisco de Asís, es la columna de la Iglesia en el siglo XIII. Ved también en una de las capillas, la *madona del velluto*; y os llenareis de entusiasmo. Esta obra maestra de Lippo Dalmasio, es el más notable modelo del sentimiento religioso trasladado al arte. Por devoción aquel piadoso artista, jamás quiso pintar otra cosa que imágenes de la Virgen. La historia nos enseña que estaba de tal manera penetrado de la santidad de su obra y de la pureza de corazón con que debía emprenderla, que se imponía la víspera un ayuno severo, y se acercaba el día á recibir el sacramento del altar. El Guido ha reconocido que ningún pintor, sin exceptuar al divino Rafael, con todos los recursos del arte moderno, ha podido llegar á ese carácter de santidad, de modestia y de pureza que Dalmasio supo dar á todas sus obras 1.

1 Véase *Conferencias sobre la Semana Santa en Roma*, por Monseñor Wiseman.

Cuarto. La iglesia *Corpus Domini*, ó *de la Santa*, para designar á santa Catarina de Bolonia. Por bellas que sean las pinturas de Luis Carracci, de José Mazza y de Zanotí que adornan el coro, las bóvedas y la sacristía, solo pudieron detenernos un momento. Teníamos ansia de contemplar una maravilla muy superior á todas las obras maestras del arte. La tierra que se pisa allí, es una tierra santa, hollada hace cuatrocientos años por una noble vírjen de Bolonia; la casa en que estais, le sirvió de morada: todas las bóvedas de este claustro han visto sus lágrimas y sus sufrimientos; las paredes de esas pequeñas celdas han oído su voz; están todavía embalsamadas con el perfume de sus oraciones y de sus virtudes. En vida se llamaba esta jóven, Catarina. Dios la ha glorificado, y su nombre es hoy santa Catarina de Bolonia. Habiendo obtenido el permiso de visitar su cuerpo, milagrosamente conservado, entramos á una pequeña capilla redonda, enteramente cubierta de terciopelo carmesí adornado con oro y bordados. En el medio está un trono con dosel, cuya gracia iguala á su riqueza. La santa está sentada sobre este trono con el rostro descubierto; las manos igualmente descubiertas, descansan sobre las rodillas, y los piés se miran á través de un cristal. Los miembros han conservado su flexibilidad, pero la encarnación jeneral es negruzca 1, excepto en la parte inferior de la mejilla derecha, en que es de una blancura brillante; es el lugar en que la santa mereció recibir un beso del niño Jesus.

¡Cuán feliz me sentí con ser sacerdote! porque con esta cualidad, me fué permitido no solo abrazar los piés, sino las ma-

1 Esto depende de una circunstancia que sería largo referir aquí. Véase la vida de la santa, al fin.

nos de la santa, y ver de cerca los objetos venerables santificados por las manos de la tadamaturga. Los primeros cristianos enterraban con el cuerpo de los mártires, todo lo que podía recordarlos, hacerlos conocer algun día. Fieles herederos de esta piadosa costumbre, los italianos ponen un admirable cuidado en conservar y reunir alrededor de los santos todos los objetos que fueron de su uso. Así en aquel lugar veis el escapulario de la santa, su pañuelo, sus horas escritas de su mano, su violoncelo, una cabeza del niño Jesus, pintada por ella misma, y por fin el milagroso Crucifijo que la habló. Muy sinceros fueron los deseos que tuvimos en aquellos felices instantes de tener cerca de nosotros á todas las personas que nos son queridas; pero tuvimos que limitarnos á encomendarlas cordialmente á la poderosa protectora de Bolonia, y salimos para visitar á san Estéban.

Quinto. Monumento curioso bajo todos aspectos, la iglesia de *san Estéban* está compuesta de siete iglesias reunidas, de las cuales, la primera, cuyo origen se remonta al siglo IV, fué edificada por san Petronio. Si yo conociera un arqueólogo admirador sincero y desinteresado de nuestro arte cristiano, le aconsejaría que fuese á establecerse en Bolonia y á estudiar todos los días durante un año entero la iglesia de san Estéban. Atrio, fuentes sagradas, arquitectura de todos los estilos, capillas de todas formas, antiguos frescos del siglo XII y del XIII, delicadas pinturas llenas de vida y de movimiento, *madonas, ex-voto*, tumbas de santos; en contraria allí, un verdadero museo en que cada objeto forma una página de la historia del arte desde el origen del cristianismo hasta nuestros días. Al salir de este monumento, que yo creo único en el mundo, veria también suspendida en el muro exterior, la antigua cátedra de predicar



désde donde se anunciaba el Evangelio al pueblo reunido en la plaza pública.

Antes de llegar á la Academia, pasamos cerca del palacio habitado por Benedicto XIV en tiempo en que este gran papa era arzobispo de Bolonia. Esta morada, ilustrada por tantos recuerdos, me trajo á la memoria una anécdota que caracteriza á la vez, al hombre de espíritu y al hombre superior. No sé que mal poeta se permitió publicar una amarga sátira contra el digno arzobispo. El prelado quiso verla, y la leyó con mucha atención. Sin quitar nada de las injurias de que era objeto, corrigió muchos versos con su propia mano, y mandó en seguida la pieza á su autor, diciéndole: «Así corregida la composición, pienso que quedará mejor.»

La galería de Bolonia, por la cual íbamos á la Academia, se distingue por sus escogidos cuadros. Se fija principalmente la atención sobre el *Martirio de santa Ines* del Dominiquino 1; la *Virgen de la Piedad*, del Guido, la *Virgen Santísima en la gloria*, de Perujino 2 y la *santa Cecilia* de Rafael 3. Estas magníficas composiciones están colocadas en la rotunda, á donde se llega por un vasto pasillo tapizado de cuadros anteriores al renacimiento. Esta inmediatez ilustra claramente la historia del arte, y hace tocar con la mano la diferencia de *espíritu* y de *ejecución*, entre la escuela católica y la escuela pagana. Para explicar mi pensamiento, os cito para Florencia, á donde iremos en pocos días.

1. Nacido en Bolonia, en 1561.

2. Nacido en Perusa, en 1446.

3. Nacido en Urbino, en 1435.

## 24 DE NOVIEMBRE.

Los Apeninos.—Trajes.—La marquesa Pepoli.

¿Quién no ha oído contar en su infancia ó quién no ha leído en su vida alguna historia de bandidos de la Selva Negra ó de los Apeninos? ¿No es este el episodio obligado de la mayor parte de los viajes antiguos y modernos en Alemania y sobre todo en Italia? Y la imaginación conserva tan fielmente las primeras impresiones, que la nuestra se llenó de espantosas imágenes, desde el momento en que se decidió que atravesaríamos las famosas montañas. A las tres de la mañana, cuando despertamos, el pensamiento de los *sgrazzatori* (degolladores) fué despues de Dios, el primero que nos ocurrió. El tiempo estaba en armonía con nuestra alma. Una negra noche, un frío vivo, una espesa niebla que destilaba gruesos copos de nieve, acompañaron nuestra silenciosa partida; Bolonia dormía. En las puertas de la ciudad, el conductor hizo subir por detras del coche á un hombre vigoroso que acostado sobre el almacén de equipajes debía velar por ellos; ya estos estaban sujetos por dos gruesas cadenas de hierro. En el interior se contaban relaciones eminentemente propias para amenizar nuestros pensamientos. Se referían asesinatos que acababan de cometerse, uno hacia diez días, otros dos solamente.

Bien pronto nos vimos sumergidos en un profundo valle, verdadera madriguera, terminada por una montaña larga y árida: estábamos en los Apeninos. Allí nos esperaban cuatro bueyes grises, de elevados cuernos; de trecho en trecho se remudaban algún par de aquellos útiles, pero lentos cuadrúpedos. Ya empezaba el día; pero ¡ay! nada de bandidos, ni encuentros, ni episodios ningunos; en cambio de esta

privación, examinamos el paisaje. Nada es tan triste como la vista de los Apeninos, al ménos en la parte que separa á Bolonia de Florencia. Allí no encontráis ni las majestuosas montañas de la Suiza, ni sus elevados picos, ni sus graciosos valles, animados por la caída de las cascadas ó por el ruido de los torrentes. Montañas incompletas, crestas sembradas acá y acullá, sin orden, sin gracia y la mayor parte desnudas y sureadas por barrancas; otras, cubiertas de diminutas encinas; tal es el bosquejo del cuadro que entristece mas bien que ameniza, las cabañas aisladas, mezquinas moradas de los raros habitantes de aquellos lugares salvajes. Durante diez y ocho horas permanecemos internados en aquellas montañas, siguiendo un camino rodeado de precipicios y de cruces rojas ó negras que marcaban el lugar en que habían sucedido funestos acontecimientos. Gracias á Dios, viajamos sin accidente y sin encontrar al bandido de los Apeninos; solo vimos su tipo, y su clásico traje llevado por inofensivos montañeses.

Representaos á un hombre de varoniles facciones, de negros cabellos, de acobrado color, cubierta la cabeza con un sombrero á la *Robinson*, rodeado con una ancha cinta de terciopelo negro, fija por delante con una hebilla oblonga; sobre las espaldas una media capa y una chaqueta redonda color de castaña, chaleco rojo, calzón verde, medias formando cuerpo con la suela de los zapatos, y tendreis, sin las pistolas en la cintura y la carabina en la espalda, al *sgrazzatore* (degollador) de los Apeninos. Si cuando pasais por allí os acompaña algún montañés, tendreis á la vista, como nosotros, aquel temible tipo. Si le pedis su cuchillo para verlo, os enseñará friamente una arma cuya vista os hará temblar: es un puñal cuya delgada boja, afilada, tiene nueve pulgadas de longitud. En

fin, si como nosotros, seguís interrogándole, os hablará de los encuentros en la selva, así como del valor y de la presencia de ánimo de que ha tenido necesidad para escapar de los bandidos. Guardaos de dar á conocer alguna señal de incredulidad, cortaríais la palabra del historiador y tendríais lugar de arrepentiros; ¡oh y qué aventuras tan bien elejidas y referidas con pantomimas verdaderamente divertidas! Libraos tambien de no creer sus relaciones, porque á decir verdad, yo creo á los *sgrazzatori* mucho más raros de lo que se cuenta; *rara avis in terris etc.*<sup>7</sup>

Para distraernos de las historias de bandidos, hablamos sucesivamente de la Francia y de nuestros amigos. A su turno, un viajero radicado largo tiempo en Bolonia, nos interesó vivamente hablándonos de la marquesa de Pepoli. «¿No conocéis, nos dijo, á esa marquesa? Cuando yo la haya nombrado os sorprendereis de encontrar bajo esta cubierta italiana un nombre frances, nombre ilustre y querido para los viejos soldados del imperio. La marquesa Pepoli es la señorita Murat, hija del rey de Nápoles. Casada en Bolonia, goza de una fortuna considerable, pero no os hablo de ella por eso. Su título de gloria consiste en ser el modelo de las que son mujeres de su casa y de las madres que comprenden la educación de sus hijas. Esta dama tiene la sencillez de creer que la educación es el aprendizaje de la vida. Una ilustrada piedad, dulce y sostenida, piedad útil para todo y que es como la púdica belleza de la virtud, forma la base de la instrucción y de la conducta de su hija. Bajo el ala maternal, la niña crece en ciencia, dirigida por hábiles maestros. Acabadas las lecciones, mademoiselle, conducida por su madre, entra en todos los pormenores de la economía doméstica, lava la ropa, aprende á hacer y remendar los vestidos, lleva apuntes del gasto; en una palabra, se ini-